

asombro en todo lector que no esté muerto, esto es, que no esté completamente adulto ("adultus" es el que ha llegado ya, el que a golpes de determinaciones está terminado, fané y descargado, kaputt).

En cierto sentido es un libro curioso. Lo cuenta todo, cuenta todos los secretos del fútbol, los explica todos. Todos los cómo, porqués y paraqués tienen en este libro su respuesta. Cómo coloca los brazos cada jugador al posar para el fotógrafo, qué diferencias hay en la salida del campo de un jugador cuando es relevado sin sorpresa o por sorpresa, por qué un jugador no puede mostrar preocupación por su porvenir, por qué puede copular, pero no decir que copula, por qué la pelota ha terminado siendo completamente blanca y el vestido del árbitro casi completamente negro, por qué el extremo izquierdo lleva —o llevaba— el número 11, para qué se lanzan almohadillas al campo y para qué flamean los pañuelos, para qué la WM y para qué el juego total... (el que quiera las respuestas tiene que leer el libro).

Lectura interesante y, por lo mismo, superficial, profana y profanadora es la lectura del antropólogo, pasto para diletantes. La mirada del antropólogo es una mirada kitsch si las hay: rompe la unidad de la obra o del acto, para liberar elementos y recombinarlos luego a placer en un pastiche descontextualizado. Mirada de antropólogo, paralela a la manipulación del anatomista, porque sólo se puede explicar lo que ha sido previamente asesinado (analizado, disecado). Cuando es posible hablar del fútbol con una lucidez tan implacable, con una claridad tan obscena, es que el fútbol —como todo— ha muerto.

Pero es —también y sobre todo— un libro estremecedoramente trágico. Escrito con pasión, desde la pasión por el fútbol. Recorrido, desde la primera hasta la última página, por un flujo rojo. Arrebatado, cercado y asfixiado por un viento negro. Rojo y negro, amor y muerte. Así es la vida, así es el fútbol.

Vicente Verdú muestra un saber enciclopédico. Término que designa, no la cantidad del saber (saber extenso o erudito, saber intenso o profundo), sino su cualidad. Saber enciclopédico es un saber que —como recuerda Mo-

rin que indica la etimología— se pone en ciclo ("en-kuklos-pal-deia"). Verdú echa mano de todas las perspectivas posibles (antropología, sociología, psicología, historia y tecnología del fútbol, psicoanálisis, materialismo histórico, semiótica...); pero las utiliza como restos, transgrediendo las clausuras de sus discursos, desintegrándolos, desestructurándolos para reconstruir con sus restos su propio discurso, que

reintegra todo el sentido y toda la pasión.

Hay que lanzarse a la lectura de este libro a tumba abierta. Como me he lanzado yo a la escritura de esta nota. El fútbol ya no es el fútbol, la vida ya no es la vida. La violencia "natural", rural y agropecuaria, del fútbol y de la vida ha sido cercada —como zoo o parterre— en la ciudad. Tenemos que continuar el trabajo titánico y demoníaco del jugador

número 11: número que desborda al 10, marca de la perfección del ciclo. Ya no hay Gentos en los campos: el fútbol ha sido colonizado por el baloncesto, como la lucha de masas ha sido colonizada por la política parlamentaria. Sólo podemos continuar en el orden del simulacro, sólo podemos ser Gentos de papel.

De paso, una lectura desbocada transgredirá la —en ocasiones— escritura contenida del au-

## ADIOS A LAS LETRAS

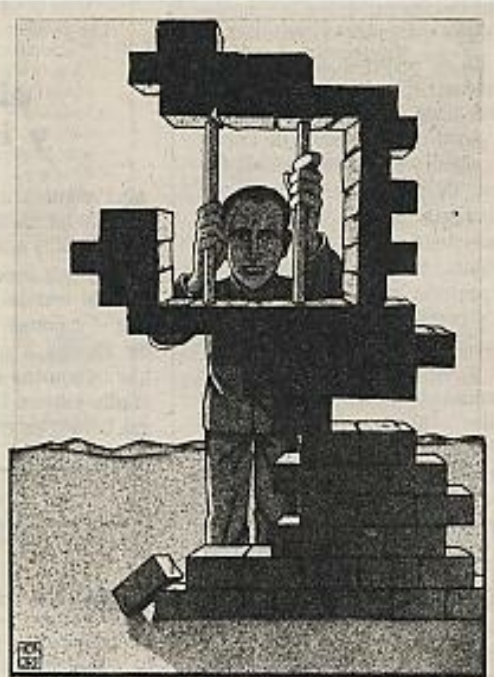
### El doctor Meliá de Palma

**M**IENTRAS el mundo periodístico nacional se convulsionaba porque el Tribunal Supremo decidía empujar lentamente hacia la cárcel al director de El País, Juan Luis Cebrián, un secretario de Estado que también fue periodista, que también fue crítico literario, que también fue prefacista (prefacista significa, en el lenguaje de los pintores, el que escribe prefacios para catálogos) hacía una amable declaración sobre su tiempo libre para el cuaderno dominical del diario ABC. Dentro de ese tiempo libre halló minutos para calificar de "desafortunada" —entre otros adjetivos— la sentencia condenatoria de Cebrián. Después, él y el Gobierno del que es portavoz guardaron un inquietante silencio.

Hay personajes entrañables en el ruedo nacional y Josep Meliá es uno de ellos. Siempre ha estado tentado por la filosofía y por el error, pero siempre optó por lo último. En este breve artículo sobre su tiempo libre halló ocasión para lo primero, pero cayó en lo segundo, porque su filosofía se basa en lo pragmático, en lo contingente, en lo que se lleva el viento. Con el viento él ha logrado lo imposible: hacerlo tan eficaz que ni siquiera su cuerpo mediterráneo bien alimentado puede hacerlo detener.

El carácter entrañable de Josep Meliá viene del candor de sus errores. No se equivoca queriendo; la suya es una involuntaria y persistente equivocación, un tropiezo constante en las piedras de la razón, a las que destroza con su presencia de doctor de pueblo que viniera a curar a otros de la enfermedad del entusiasmo. Un día descubrimos aquí un pasado error suyo como crítico literario, que aturdió a los telespectadores —hacia crítica literaria en televisión, como hizo luego Luis María Ansón, otro compañero de carnet— confundiendo al Taylor Caldwell de Capitanes y reyes, con otro Caldwell, Erskine, mucho más reputado que el primero y que fue el que él conservó en esa retina que mira sin ver.

Junto con Josep Meliá, a una escala aún más cínica —algún día me echará en cara el adjetivo: cuando haga la historia en fascículos de lo que



nos pasa—, fue el ministro de Cultura, Ricardo de la Cierva, el que mostró hasta qué punto alguien que presume de ser periodista puede olvidar a propósito los rudimentos de la profesión. El ministro, interrogado en Albacete, señaló que la condena de Cebrián no suponía un atentado contra la libertad de expresión. Cuando el mismo ministro escriba la historia se llenará de vergüenza propia.

Aunque hay gente con tan poca capacidad de memoria y con tantas ganas de ser protagonista del futuro, que son capaces de pasar, como tractores del tiempo, por encima de sus propios errores, dejando una estela de olvidos que les beneficia a ellos y que dejan el mundo empedrado de despropósitos. Tienen la permanente nostalgia de un pasado esplendoroso que a ellos les hubiera gustado perpetuar; por eso se les ve tan persuadidos de que combaten en una guerra por permanecer. Tienen muy claro quiénes han de ser los vencedores. No saben que ni ganan ni convencen, pero cobran por vivir en tal ignorancia.

A Meliá, en este caso, lo salvó un minuto de reflexión extraído de su tiempo libre. A Ricardo de la Cierva lo condenó la tremenda creencia que tiene en la necesidad de llenar el tiempo con convicciones erróneas. ■ SILVESTRE CODAC.